Globethics Repository



En busca del "bien común", desde el discurso de las virtudes [In search of the "common good" from the discourse of virtue]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Moriconi, Marcelo
Publisher	Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-08 02:55:39
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/200777

EN BUSCA DEL 'BIEN COMÚN', DESDE EL DISCURSO DE LAS VIRTUDES

Marcelo Moriconi
Universidad de Salamanca (España)
marmori@ugr.es / marcemoriconi@gmail.com

Una constante de las ciencias sociales ha sido la certeza de que la falta de ética, o directamente su clausura, ha sido factor fundamental para construir la coyuntura actual (1). En la actualidad, desde Soros (2) o Stiglitz (3) hasta Poole (4) y la filosofía de la moral, variados trabajos advierten sobre la carencia ética contemporánea. Por ello, el camino intelectual de Alasdair MacIntyre tiene el doble valor de brindar una posibilidad teórica sobre la 'vida buena' y para ella, y de hacerlo redefiniendo conceptos básicos de las ciencias sociales.

En *Animales racionales y dependientes*, como en *Tras la virtud* (5), MacIntyre rompe con la tradición de discurso que antepone lo individual a lo social y eleva la razón humana, y su autonomía, a un altar intocable. Al mismo tiempo, se propone corregir tópicos, prejuicios y actitudes propias de la filosofía de la moral occidental, que se ha alejado de la biología del ser humano, incurriendo en omisiones graves que determinan postulados finales erróneos.

El análisis tiene dos puntos de partida. Primero, se centra en aquello que, en su naturaleza animal, el ser humano comparte con miembros de otras especies animales inteligentes, aunque carentes de lenguaje. El caso elegido para compararlo con los humanos es el de los delfines, lo que permite mostrar no sólo que es válido atribuir a algunas de esas especies animales "intenciones y razones para actuar", sino también que el ser humano en sus inicios como agente racional se encuentra en una condición muy similar y que la identidad humana es entonces, y sigue siéndolo después, una "identidad animal". Por ello, con un tinte biologicista, MacIntyre engloba la historia humana dentro de la historia natural y considera que es imposible una ética separada de la biología.

En segundo lugar, el autor se detiene en la vulnerabilidad y la discapacidad que subyacen al ser humano. Estrangula los posibles argumentos sobre la autonomía e independencia del ser humano dando forma a su concepción social e incompleta, puesto que a lo largo de su existencia, el ser humano necesitará indispensablemente de otros seres humanos para poder desarrollarse. En la primera infancia o en la senectud, durante el tiempo que padece una lesión o ante la posibilidad latente de una enfermedad física o mental, el ser humano necesita de los demás. Asimismo, sólo a través de los demás, de lo que le enseñen durante su primera niñez padres, maestros, tutores, el ser humano se convertirá en un agente racional e independiente. El desarrollo de nuestro razonamiento y obrar éticos sólo se logra como miembros de nuestra especie dependiente. Se parte de creer y aceptar lo que nos han enseñado como bien y mal y, sólo más tarde, podremos juzgar por nuestra cuenta, no sin la consiguiente carga moral. Por ello, no existen los puntos de partida libres de presupuestos.

En el principio de su existencia, y también en la vejez, el ser humano está lejos de ese ser autónomo y racional que construyó la Ilustración. Y mientras se aleja de aquel ideal, se acerca a su condición animal.

El ser humano no sólo necesitará de otros seres humanos para desarrollar sus facultades racionales, sino que, al reconocer su carácter eminentemente social y su dependencia, los bienes que desee alcanzar el individuo también se encontrarán en una red de interacción mutua. MacIntyre planeta una red de dependencias donde no sólo el ser humano depende de los demás para la consecución del bien común, sino que también se depende de los otros individuos concretos para alcanzar una gran parte de los bienes individuales. Por ello, *el reconocimiento de la dependencia es la clave de la independencia*. La racionalidad independiente, para MacIntyre, requiere del complemento de las virtudes del reconocimiento de la vulnerabilidad y la dependencia.

El actuar virtuoso se inicia previo a la acción. *La conclusión de un razonamiento práctico sólido y eficaz es la realización de una acción: aquella que resulta ser lo mejor que puede hacer un agente concreto en unas circunstancias determinadas. El razonamiento que conduce a la acción ha de comenzar con premisas sobre los bienes que están en juego en una situación concreta, así como los daños y riesgos que los amenazan. Identificar en la práctica los bienes que están en juego en una u otra situaciones y las amenazas que se ciernen sobre ellos, y hallar en esos bienes premisas para un razonamiento cuya conclusión será la realización de una acción justa, supone poner de manifiesto el tipo de actitud que caracteriza a las virtudes*. MacIntyre argumenta desde la justicia, sin caer en la misericordia, sobre la necesidad de proteger y ser solidarios no sólo con los más débiles, sino con todos los demás.

Tras sentar bases sobre la animalidad de los seres humanos, el autor se propone determinar qué significa *florecer* para el ser humano en cuanto animal racional vulnerable y dependiente y qué cualidades de carácter hacen falta para recibir de los demás lo que uno necesita que le den y dar a los demás lo que es necesario recibir de ellos. La idea de *florecimiento* es ambivalente. En un

momento el autor debe recurrir a su igualación con el *telos* humano para que su connotación gane consistencia, pero en principio se iguala a las nociones de *eu zen* y *bene vivere*, y las relaciones sociales serán el único camino para llegar hasta allí. Relaciones sociales que, necesariamente, deberán estar impregnadas de virtuosismo.

Para florecer, hacen falta tanto las virtudes que permiten al ser humano operar como razonador práctico independiente y responsable, como aquellas que permiten reconocer la naturaleza y el grado de dependencia en que se está respecto a los demás. La adquisición y el ejercicio de esas virtudes sólo son posibles en la medida en que se participa en las relaciones sociales de reciprocidad, que son relaciones sociales regidas, y en parte definidas, por las reglas de la ley natural.

Por último, el autor plantea formas políticas y sociales necesarias para alcanzar el bien común, y considera que ni el mercado, ni el Estado, ni la familia moderna pueden crear el tipo de asociación política y social capaz de mantener y transmitir las virtudes necesarias para el florecimiento humano. Para contribuir al florecimiento general y no generar malestar, las relaciones de mercado deberían hallarse insertas en relaciones no mercantiles, en relaciones de reciprocidad no calculada. Por su parte, los bienes públicos que proporciona el Estado-nación, si bien son necesarios e importantes, no deben confundirse con el bien común para el que se requiere una identificación comunitaria según las virtudes del reconocimiento de la dependencia. La familia, en tanto, no es autosuficiente, por lo que el bien común de una familia sólo puede alcanzarse en el proceso de conseguir los bienes comunes de la comunidad a la pertenece. Lo ideal serán las comunidades pequeñas estructuradas por redes de reciprocidad en las que los individuos compartan un cierto conjunto de compromisos morales, en la que las actividades de sus miembros (que buscan el bien común) estén moldeadas por la racionalidad práctica, y en la que se actúe bajo los mandatos de la justa generosidad.

Desde esta idea, MacIntyre desarrolla un esquema de pequeñas comunidades inmersas en comunidades mayores, y considera que estas pequeñas uniones de interacción deben ser el foco de análisis, y el punto de partida, para expandir el bien común a niveles más amplios. *El análisis comparado de las diversas características de las comunidades que incorporan redes de reciprocidad puede ayudarnos a identificar mejor las relaciones de reciprocidad que ya existen en las comunidades que habitamos y ayudarnos también a descubrir la existencia de un reconocimiento compartido del bien común, acaso mayor de lo que hubiésemos creído*.

El análisis de MacIntyre es un buen ejercicio para replantear los valores fundamentales de la existencia humana. No obstante, subyace al libro la falta de criterio, o la imposibilidad, de definir con consistencia los valores fundamentales que intervienen en el debate. MacIntyre pareciera abusar del ‘bien’ y del ‘bien común’ presentando sus ideas sin reconocer la imperfección humana como condición inherente. Si bien por momentos se reconoce la posibilidad de imperfección, el ser humano no pareciera sufrirla en exceso y sigue buscando el ‘bien’ y el ‘bien común’ que por momentos pareciera ser un valor estático anclado en el legado natural.

A menudo se reduce la complejidad social. Incluso se recupera la idea de Utopía: *procurar vivir con las normas propias de Utopía no es utópico, aunque sí supone rechazar los objetivos económicos del capitalismo avanzado*. Ante esta idea no se sabe dónde quedarían el Estado-nación o el mercado, ni cómo llegarían a ese sitio. Tampoco queda claro cuáles son las consecuencias que determinaría el florecimiento humano. No hay *telos* definido, y acaso sea imposible definirlo, pero, por momentos, el florecimiento humano es presentado como un estadio superior, como una síntesis, y es que acaso para MacIntyre luego exista cierta inmovilidad.

En todo caso, las dudas que genera el libro son siempre un impulso a continuar pensando en el mismo sentido que se propone: la posibilidad, o no, de incorporar la existencia virtuosa a nuestras comunidades. Y la coyuntura contemporánea pareciera exigir este esfuerzo.

Notas

Libro reseñado: Alasdair MacIntyre: Dependent Racional Animals, Carus Publishing Company, Estados Unidos, 1999. Traducción: Animales racionales y dependientes, Por qué los seres humanos necesitamos las virtudes, Paidós Básica, Editorial Paidós, Barcelona, 2001. 204 páginas.

(1) Ya en el siglo XIX, Schopenhauer advertía que los principales males del mundo estaban relacionados con la carencia de ética en la política moderna. Jung, desde la psicología, también consideró que el déficit ético es el mayor déficit del mundo contemporáneo.

(2) G. Soros, *Globalización*, Editorial Planeta, Barcelona, 2002.

(3) J. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Ed. Taurus, México, 2002.

(4) R. Poole, *Moralidad y modernidad*, Herder, Barcelona, 1993.

(5) *Tras la virtud*, Critica, Barcelona, 1987; *Tres versiones rivales de la ética*, Ediciones Rialp, Madrid, 1992; *Justicia y racionalidad. Conceptos y contextos*, EIUNSA, Madrid, 1994.